

## VI

## ¡Pobre madre!

El palacio Coriolani era tan superior al palacio Doria como las maravillas florentinas lo son á las elegancias napolitanas. Edificado por Lucas-Mario-Silice, según los planos del gran Brunelleschi, había servido de casa de recreo á los virreyes de la dominación española, y en particular al marqués de Pescara que lo había agrandado y embellecido con la ayuda de los arquitectos toscanos.

El príncipe Fulvio Coriolani, rico entre todos los grandes señores de Italia y que poseía en el más alto grado el gusto de las artes, había restaurado este sin igual modelo que era entonces la mejor joya de Nápoles.

El sol de la mañana penetraba á medias en una rica sala de este palacio, en la cual ninguna colgadura, si se exceptúan algunos ligeros bullo-nes de muselina bordada, ocultaba la espléndida desnudez del artesonado.

Los rayos luminosos llegaban allí por entre el delicado follaje de los mirtos y granados dobles que hacían de la vecina azotea un risueño y fresco bosquecillo.

La brisa entraba también impregnada por los frescos perfumes de las flores de azahar y de la magnolia real.

En esta sala había una mujer.

Nosotros hubiésemos reconocido fácilmente en ella á aquella mujer que excitaba tanto respeto y curiosidad á bordo del *Pausilippe*.

La misma á quien llamaban la «condesa.»

Todavía vestía algo de luto. Su pálido semblante de facciones regulares y dulces, conservaba

esa expresión de timidez triste y algo huraña que habíamos notado en ella á primera vista.

Tenía en la mano una carta abierta.

Esta carta nos revelará su nombre. Iba dirigida:

«A María Magdalena de los Amalfi, condesa viuda de Monteleone.»

Era, pues, la viuda del hombre santo, del ilustre ciudadano, bienhechor de toda una vasta comarca, que había perdido la vida por un acto de heroísmo muy raro en nuestra civilización egoísta, destituida de piedad para con el enemigo caído.

Sin el tinte de tristeza despavorida que daba á veces á su mirada cierta expresión feroz, pudiera decirse que su demencia pasada, no había dejado huella alguna en su rostro dulce y hermoso, y casi pudiera afirmarse que la edad se había detenido en ella, omitiendo en la cuenta de sus años los días perdidos de su locura. Descollaba en efecto una singular juventud, no sólo en sus movimientos y la postura de su cuerpo, sino en la expresión de su semblante.

Estaba sentada en un sofá, delante de la azotea, doblando distraída el papel que tenía en las manos. Sus ojos parecían mirar, sin verla, la magnífica luz que atravesaba el espacio.

Una lágrima humedeció repentinamente sus ojos y rodó por su mejilla.

Esta rapidez exagerada de impresiones le era peculiar y probaba que los sacudimientos de su cerebro la dejaban débil contra todo choque exterior ó íntimo.

—En otro tiempo—murmuró—también la brisa llegaba hasta mí embalsamada y suave. Me parece que era ayer. ¡Pobre memoria mía! ¡Mario! ¡Mario! tu pobre viuda ha pasado años enteros sin rezar una oración por el descanso de tu



alma. ¡Yo no sabía rezar é ignoraba hasta mi luto!

Pero ¡quiero reflexionar!—se interrumpió pasando con lentitud su mano por la frente—es necesario... ¿Quién ha colocado esta carta bajo mi almohada?... La letra me es desconocida, y sin embargo, me habla de mis hijos.

A esta palabra inclinó su cabeza pensativa, repitiendo á manera de lamento:

—¡Hijos míos!

Veíase latir violentamente su corazón bajo la seda negra de su vestido.

Y desdoblando la carta volvió á leerla. La carta estaba concebida así:

«Un antiguo amigo, un pariente de la noble María de los Amalfi le dirige estas pocas líneas, para que reciba á lo menos un buen consejo en la situación extraordinaria y peligrosa en que se encuentra en este momento.

»Se fragua á su alrededor una vasta intriga, pero hay ojos despiertos que velan por su bien.

»Si María de los Amalfi lleva en su corazón el luto que proclaman sus vestidos, se le recomienda que tenga prudencia y separe su mano de la mano del asesino.

»Si María de los Amalfi es madre, tenga vigilancia, y que cada palabra pronunciada á su oído se grave en su espíritu.

»Sus hijos no están lejos de ella. Sus hijos le preguntarán el nombre del asesino.

»El asesino se descubrirá á sí mismo.

»Dentro de pocas horas, María de los Amalfi recibirá otras comunicaciones.»

La carta no llevaba firma.

La pobre María enjugó el sudor de su frente, porque hacía esfuerzos desesperados para comprender áquel mensaje sibilino.

—¡No hay más que él!—murmuró por fin—él

hacia quien mi corazón se dirige tan ardientemente! ¡Si esto es contra él no quiero saberlo! Creo en él, espero en él... Cuando venga le enseñaré esta carta.

Su mirada volvió á fijarse en el papel, y observó el signo que invita á volver la hoja.

Algo había allí escrito.

«Todo estaría perdido—decía el *post-scriptum*—si María de los Amalfi dejase ver esta carta al hombre que conoce con el nombre de príncipe Coriolani.»

María se estremeció, no tanto por esta amenaza como por una voz que oyó repentinamente á sus espaldas.

El menor ruido la impresionaba.

Era una de las tres camareras encargadas de servirla, la camarera principal.

—Su Alteza besa las manos á la señora condesa—dijo ella.—Su Alteza me manda preguntar si la señora condesa está en disposición de recibirle.

María se ruborizó como una niña.

—El príncipe puede venir cuando guste—respondió;—tengo el mayor placer en recibirle.

La camarera se inclinó.

María de los Amalfi añadió:

—¿La señora Paola está de vuelta?

—Viene con Su Alteza—contestó la camarera saludando de nuevo y retirándose.

¡María se puso á temblar, tan viva era su sensación! pero oyendo los pasos de Fulvio al extremo de la galería, hizo un esfuerzo por aparecer tranquila.

Fulvio venía en efecto por la azotea, acompañado de Nina.

Fulvio decía á esta última:

—Casa de los Folquieri, último piso, un cuarto reducido que da á la azotea vecina... es necesario que vea á esa joven: lo quiero



Nina le contemplaba con aire triste.

—¿Y Angélica Doria?—murmuró.

—La suerte de Angélica Doria está en sus manos—replicó Coriolani.

—¡Ah!—dijo Nina.—No estoy celosa de ella, Fulvio, mi buen amigo! Conozco tu corazón mejor que tú mismo, á nadie has amado como á mí.

Fulvio sonreía; Nina frunció sus negras cejas.

—¿Dirías lo contrario?—profirió en tono de súbita amenaza.

—No—replicó Coriolani dulcemente.

—Pero á esa joven la amarás tanto como á mí. ¡Más que á mí! ¡Y serás quebrantado en ese amor, Fulvio! quebrantado por ella, quebrantado por tí mismo, y sólo volverás á mí para morir desesperado!

—¡Bella hechicera!—contestó Coriolani—¡ojalá fuese verdad!

Pero irguiéndose repentinamente le dijo:

—Anda, Fiamma, apresúrate.

—¿Lo mandas?—tartamudeó la gitana mirándole con ternura.

—Lo mando—respondió Fulvio con acento firme.

—Cúmplase tu voluntad, señor—le dijo;—yo sé el talismán que te traerá tu bella desconocida.

—¿Tú lo sabes?—empezó el príncipe.

Pero Nina le interrumpió para preguntar:

—El anciano Manuel Giudicelli, ¿ha recobrado la palabra?

—¿Quién te ha dicho?—exclamó el príncipe sorprendido.

—¡Soy hechicera, señor!—dijo la gitana sonriendo—¡respondedme!

—No—repuso Fulvio.—Manuel permanece siempre mudo, pero el cirujano responde de su vida.

—Pues bien—exclamó Nina—cuando hable preguntale y sabrás cuál es el talismán.

Y besando al pasar las dos manos de la condesa, desapareció tras los floridos arbustos.

Fulvio continuó su camino con lentitud, precedido de un ujier que dijo al entrar:

—¡Su Alteza!

La condesa se levantó para recibir al príncipe, su emoción había llegado al colmo, y era muy desproporcionada ciertamente, en apariencia al menos, á lo que reclamaba la situación.

Su sobresalto contrastaba notablemente con la tranquilidad perfecta del príncipe Fulvio Coriolani.

Este se adelantó hacia María de los Amalfi y llevó una de sus manos respetuosamente á los labios. Luego la condujo al sofá, sentándose á su lado.

La condesa quiso hablar, no pudo y se deshizo en lágrimas.

En seguida, como si alguien hubiese emitido alguna duda respecto á su inteligencia, exclamó:

—Os lo juro, príncipe, no estoy loca, y sin embargo, al veros no puedo permanecer tranquila; en presencia del mismo rey no experimentaría una sensación semejante. Todo lo espero de vos sin saber lo que estáis dispuesto á hacer por mí. ¿Por qué me habéis sacado de la miseria? ¿qué razón habéis tenido para constituirme en mi providencia? Os ruego que contestéis, porque mi cabeza está aún débil y mi corazón palpita á vuestra vista. Al contemplaros me parece que todo mi pasado va á renacer. Escuchadme y no os buréis; he tenido un sueño hermoso, encantador; he soñado que érais mi hijo, que sois el hijo de mi amado señor, el conde Mario Monteleone, vuestros facciones son las tuyas y poseéis su corazón. He soñado esto, príncipe; y en la sinceridad de mi corazón os daría, hora por hora, día por día,



todos los años que me restan de vida para que este sueño se realizase durante un solo minuto, para que os viese con los brazos abiertos y los ojos llorosos murmurar: «¡Madre mía!... ¡madre mía!»

Estas palabras fueron pronunciadas con extraordinaria exaltación.

Los mismos esfuerzos que hacía la condesa para ocultar el arranque de su pasión, la ponían más de relieve.

Era madre, y aquél era su hijo. Engañar ese inmenso deseo cuando se convertía en certidumbre, significaba para la pobre mujer un golpe cruel.

Mientras hablaba, Fulvio había mudado de color.

Conocíase fácilmente que esa calma de que había entrado armado no era más que una falsa apariencia.

En el momento en que María acabó de hablar, con los brazos tendidos dispuesta á adorar la misericordia de Dios en aquel hijo idolatrado que le devolvía, era de ver cómo se contraían violentamente los labios de Fulvio y se hinchaban las venas de sus sienas.

—Os suplico, señora—respondió éste en voz baja y entrecortada,—que no me quitéis el valor al principio de tan grave entrevista. No ignoro que vuestra razón es lúcida y os lo pruebo diciéndoos: «Miradme y ved el terrible combate que libra mi alma.»

—¡Es verdad!—exclamó la condesa—ese combate debe ser terrible, lo comprendo. Pero ¿por qué tal combate? ¿es tan difícil decir á su madre: «Yo soy tu hijo, abre tus brazos y abrázame?»

Fulvio en este momento era el atleta prepara-

do contra el león que encuentra un perro sumiso á sus pies.

Sus ojos se bajaban ante la madre llorosa. Buscaba palabras y no las encontraba.

La pobre mujer, creyendo que era necesario desplegar toda su elocuencia y defender con todo su corazón causa tan querida y sagrada, juntaba las manos y decía:

—¡Oh! ¿por qué me rechazáis, hijo mío? porque vos sois mi hijo, lo conozco en los arranques de mi alma. ¿Hay algún peligro desconocido? No lo sé, yo he olvidado cuanto existe en el mundo. Quizá tenéis vergüenza de mí porque sois príncipe y el orgullo y el ídolo de la corte. Pues bien, no lo confeséis más que á mí... Yo os guardaré el secreto oculta en un rincón de vuestra casa... Si esto es demasiado pedir, me iré, pero á lo menos que sea después de besarme mi hijo en la frente... después de oír de vuestros labios: «¡madre mía!»

—¡Madre mía!—repitió por fin Fulvio—¿cuánto daría para poderos llamar con este nombre tan dulce, señora!

La viuda de Monteleone bajó la cabeza, y con voz débil murmuró:

—¡Creo que me voy á volver loca!

Fulvio apoyó sus manos sobre su corazón.

—El doctor Daniel me dijo—prosiguió la condesa mirándole á través de sus lágrimas: «—Allí encontraréis el reposo y la felicidad...» ¡Dios mío! vos que me castigasteis tan cruelmente en otro tiempo me hubieseis dado al menos un ataúd donde dormir viva... Os lo pido, Dios mío, con toda mi alma: si me habéis devuelto la razón para sufrir así, volvedme á mí locura!

Fulvio, pálido y con los ojos extraviados por la tortura moral cuyo motivo no podía adivinar la condesa, murmuró:



—Señora, os quedan dos hijos.

María se levantó repentinamente exclamando:

—¡Ah! ¡perdón, hijos míos!... aun estoy loca... Os amaba tanto, Fulvio, que los había olvidado!

## VII

### Conferencia

El temor y la angustia se habían apoderado del príncipe Coriolani. Sus sienas estaban bañadas de un sudor frío. ¿Iba á destruir en un instante el milagro de la ciencia, operado por el doctor Daniel? ¿Iba la pobre madre á caer otra vez en el abismo de su locura?

Es necesario que por fin, expliquemos clara y simplemente el misterio de tan extraña situación. Coriolani se había presentado á esta mujer con la intención de engañarla, haciéndola instrumento de su suprema elevación.

Se le había presentado con la resolución de decirle: «¡Hé aquí á vuestro hijo!»

¡Para decirle precisamente lo que la pobre mujer ilusionada esperaba con tan apasionado deseo, lo que pedía con tantas lágrimas!

Fulvio necesitaba un nombre, una familia, para ser el esposo de Angélica Doria, hija de príncipes, y este nombre y esta familia se los podía dar María de los Amalfi.

Pero este plan combinado por el aventurero Athol en una noche silenciosa entre las ruinas de Martorello; este plan que los papeles encontrados en el fondo del armario del pabellón de Mario Monteleone habían hecho no solamente practica-

ble, sino aun fácil; este plan cuya ejecución había sido empezada con tanta energía por Porporato frente á la tumba de Monteleone, un sencillo incidente acababa de desbaratarlo.

¡Athol, Porporato y Fulvio Coriolani eran un mismo y solo león!

¡León de amor, león de valerosa altivez, león de honor y generosidad en el fondo de la vía tenebrosa que había elegido!

Era un gran corazón quebrantado; el alma de un héroe descarriada en un pecho de bandido.

Fulvio no quería engañar á una madre arrodillada á sus pies.

En aquel momento solemne y doloroso, la farsa le causaba horror.

—¡Ah!—dijo la condesa mirando de repente al príncipe—¿sabéis lo que decía el doctor Daniel?... «—La locura se acuerda de la locura... la razón se acuerda de la razón.» Demasiado comprendía esto... Cuando se me desvanece la cabeza, ocúrrenseme vagos recuerdos... Ahora mismo me acuerdo de que una noche vi junto á unas ruinas á mi esposo el conde de Monteleone... joven como jamás le había visto... y me parece que érais vos...

—En efecto—replicó Fulvio para guiarla en el laberinto en que su inteligencia debilitada iba descarriándose;—era yo á quien visteis en Martorello...

—¿Y por qué—le interrumpió bruscamente—os parecéis de esa manera á Monteleone, si no sois nuestro hijo?

—Os voy á decir quién soy, señora—repuso el príncipe;—os juro por mi honor que nada os ocultaré.

Estas palabras fueron pronunciadas con el acento que empleamos para tranquilizar á los niños medrosos.



La condesa sonrió con amargura:  
—Ya sé cómo se habla á los locos—murmuró.

Entretanto el tiempo había transcurrido. El sol, dando la vuelta alrededor del palacio, no enviaba ya sus rayos al salón, pero brillaba aún en las cimas de los naranjos y mirtos alineados en la azotea.

El príncipe Coriolani y María, condesa de Monteleone, continuaban sentados en el sofá, uno cerca de otro.

Sólo que los papeles habían cambiado: María escuchaba con atención, como un niño inocente á quien se cuenta una maravillosa historia.

Coriolani hablaba.

—No hay esperanza—decía prosiguiendo una larga explicación—de que se sepa nunca el secreto de mi nacimiento. Vine al mundo en el mar; esto es todo lo que sé... El buque que llevaba á mi padre y quizá á mi madre, fué asaltado por unos piratas entre Zante y Cefalónica.

Los piratas fueron á vender el cargamento en un puerto del sur de Italia y me entregaron á una tribu de gitanos errantes. Entonces era yo muy niño.

¡Ah! señora, cuando la casualidad ó la Providencia me hizo dueño en otro tiempo de los secretos de vuestra familia, apoderóse de mí una profunda compasión por tan crueles desgracias.

Y mi espíritu, porque el hombre egoísta todo lo refiere á sí mismo, buscó complaciente relaciones entre mi posición y la de vuestro primogénito.

Debo confesaros que durante esta investigación pasó por mí algo extraño; al dejar el calabozo que aun conservaba las huellas de la sangre de Mario Monteleone, los ojos se me llenaron de lágrimas.

Pero vos también lloráis, señora. Esta fría narración, cuyo objeto es hablaros sólo de mí, os recuerda á vuestro esposo tan querido. Hoy sentís el dolor que no pudisteis experimentar en otras ocasiones, porque el velo tendido ante vuestra inteligencia os ocultaba el colmo de vuestro infortunio.

El duelo de vuestra alma es como el de vuestros vestidos: tardío, pero profundo...

Yo no soy vuestro hijo, pero os profeso un cariño y respeto tal como si lo fuese.

Soy vuestro tutor por voluntad de Dios que ha puesto en mis manos el testamento de Monteleone.

Si vuestro primogénito vive, yo seré su hermano y su amigo; lo juro. Seré también un verdadero padre para los otros dos hijos vuestros.

Aquí se detuvo y la condesa movió lentamente la cabeza.

Abrumábalas un abatimiento singular.

Luego tartamudeó bajando los ojos:

—¡Era mi más dulce esperanza... mi sueño más querido!

Después exclamó con vehemencia:

—No soy una mala madre, príncipe; y daría la vida por mi Julián y mi Celestina.

—Pero no sé—añadió inclinando la cabeza sobre el pecho,—si yo hubiese encontrado un hijo tal como vos...

Coriolani la miraba fijamente.

—No me conocéis aún, señora, para manifestar este deseo—dijo con tristeza.

Su fisonomía revelaba una frialdad quizá altiva mientras añadía:

—Lo único que os pido es que no me juzguéis, en tanto que no me conozcáis más.

A su vez la condesa fijó en él sus ojos sorprendidos.



—Juzgaros, príncipe—repetió,—¿y con qué derecho? ¿No soy únicamente vuestra reconocida amiga? ¿No sois mi bienhechor?

—¿No me habéis comprendido, señora?—replicó Fulvio—vengo á deciros: por lo poco que he hecho, pido mi recompensa.

—No, príncipe, no os he comprendí

—Señora—dijo gravemente Coriolani cuya mirada se volvió repentinamente fría é inexpresiva; —el tiempo pasa, y hoy ha de decidirse la suerte de mi vida... Será posible que mis palabras exciten en vos la sorpresa y que quizá os ofendáis é indignéis, pero no está en mí cambiar lo que tengo que deciros. Acordaos solamente de que sois libre de aceptar ó no. Tanto en uno como en otro caso, me comprometo á no hacer nada ni contra vos ni contra vuestros hijos.

Fulvio puso la mano delante de sus ojos como si tuviese necesidad de recogerse.

La condesa fijaba en él una mirada curiosa y tímida á la vez.

Fulvio se irguió súbitamente y dijo:

—Yo no soy príncipe, sino un pobre huérfano que ignoraba hasta el nombre de su familia. Dentro dos horas tengo cita con el rey, y si no he probado con documentos en la mano, con el testamento de mi padre y el testimonio de mi madre, que soy el primogénito y heredero del difunto Mario, conde de Monteleone, ¡estoy perdido!

Los ojos de la condesa brillaron y su semblante mudó de color.

—Es que—exclamó presa de visible excitación—ó he oído mal... ó me vuelvo loca! Decid una palabra, y el testimonio de vuestra madre no os faltará.

—Esa palabra no saldrá de mis labios, señora—replicó severamente Coriolani,—porque sería

una falsedad y ante una tumba y una mujer entulada, me es imposible mentir. Yo soy un extraño bandido, señora; no sé herir más que á los fuertes!

—¡Un bandido!—repetió trémula la condesa.

—Un soldado, si mejor os place; porque no he renunciado á mi propia estimación, y pretendo que mi causa es justa con el mismo título que forma la equidad de la guerra entre pueblos y pueblos, entre reyes y reyes. Yo era antes humilde y pobre, y ahora soy noble y rico; esta es en una palabra toda mi historia, y desde el principio del mundo la historia de todos los conquistadores.

—¡Príncipe!—murmuró María de los Amalfi—mi inteligencia aun débil no comprende lo que me estáis diciendo, habladme como á un niño, y os comprenderé mejor.

—¡Oh! sí—murmuró Coriolani;—yo también en cierto modo soy un niño, pues no he gozado aun las más santas alegrías de la existencia, yo no sé lo que es el beso de una madre, y me parece que Dios no puede dar mayor felicidad á un hijo que la de reclinar su frente en el seno maternal.

Yo he vivido solo, sin apoyo ni consejo. Dios que da la fuerza al león, ¿le previene acaso que no se sirva de ella? Yo abrigaba pasiones voraces y la muerte amenazadora me hacía sonreír...

¡Dejadme! ¡oh! ¡dejadme hablar, señora! Mi corazón no se ha desahogado jamás y no he tenido amigos que reemplazasen la familia. Desde que experimenté el sentimiento de mi existencia, he tenido á mi lado una joven bella y cariñosa, pero el amor ha acabado por desvanecer la unión de nuestras almas y daría mi mano derecha para poderla llamar hermana.

—¿Paola?—murmuró la condesa.

—Paola... Fiamma... Nina...—respondió Fulvio



con amarga sonrisa—los que hemos nacido sin nombre, tenemos muchos, ya oíréis hablar de ella y de mí. Quizá nos negaréis á los dos...

—¡Negaros, príncipe!

—¿Y por qué no? Aun cuando no os digan más que la verdad, tendréis ese derecho.

—Os juro...—empezó María de los Amalfi.

—Dejadme—interrumpió Fulvio,—dejadme hablar como si pudieseis comprenderme.

Vos sois buena, generosa; sé bien que mis palabras van al fondo de vuestra alma y se graban en ella, y más tarde, cuando comprendáis su sentido que ahora se os escapa, sé que diréis: «—Lo que había en él de noble le pertenecía, lo demás fué el crimen de su destino.»

—Sí, sí—prosiguió animándose;—sé que pensaréis así, viuda del santo que he elegido por mi patrón en el cielo, viuda de Mario Monteleone que tantas veces he visto en sueños, y que tantas otras me ha dicho:

«—Protege á mi esposa y á mis hijos. Para ti no hay salvación en la tierra, tu salvación está en el cielo!»

—¡Oh, mi querida y respetable hermana! ¡Madre mía! Vos me preguntasteis la primera vez que os estreché la mano: «¿Por qué hay lágrimas en vuestros ojos?»

¿Por qué ese llanto en los vuestros, mi dulce amiga? ¿Se sabe por qué en ciertas horas solemnes el corazón se entenece y quebranta? Dentro de algunos minutos estaré frío como el mármol y duro como el acero.

Ahora lloro, los dos lloramos. Amigos ambos de ayer, ¿no os parece que hemos pasado la vida entera amándonos?

—Sí, Fulvio—murmuró la condesa;—os amo con toda la fuerza de mi alma! Os amo tanto, que

pido á Dios un milagro. ¡Sed hijo mío, sed hijo mío!

Coriolani se dejó caer de rodillas, imprimiendo un ferviente beso en las manos de la condesa.

—Si yo fuese vuestro hijo, María, os tomaría en mis brazos para llevaros como un tesoro muy lejos de Nápoles y de Italia. Tan lejos, que no pudieseis jamás oír la voz de aquellos que dentro poco os dirán quizá quién soy.

—Pero ¿quién sois, en nombre del cielo?—exclamó la condesa.

—Yo soy ahora—contestó Fulvio Coriolani con triste calma—el amigo del rey de Nápoles, pero dentro de dos horas seré para vos el bandido sanguinario y cobarde que pasó el cordón de seda en torno del cuello de Mario Monteleone, vuestro esposo!

—¡Por el nombre del mismo Monteleone y por mi salvación eterna—exclamó María exáltada—desafío á quien intente hacerme creer tan infame calumnia!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

## VIII

## La promesa

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Fulvio sonreía amargamente. Su proceder estaba en evidente contradicción con su vida entera.

Este hombre que había ganado tantas victorias con sólo mirar en el cielo el astro que llamaba su estrella; este hombre que hacía quince años jugaba, sin perder nunca, el más terrible de los juegos de azar; este hombre que era el foco de las bellas elegancias y nobles grandezas de la corte de Nápoles, se sentía desfallecer en la hora